



La última promesa de Irène Némirovsky

Por Cristian Jara (El Semanal de La Jornada, México, abril 2013)

En 1929, a sus veintiséis años, Irène Némirovsky (nacida en Kiev, en 1903) publicó en Francia *David Golder*. Para la crítica francesa fue un bombazo; la novela fue calificada de “obra maestra”. De la noche a la mañana Irène saltó a la fama y despertó admiración en el público y respeto entre autores que veían con asombro su talento. Para ella fueron años de vida holgada; tenía una familia ejemplar y se centró en escribir novelas de espíritu realista. El esplendor de la vida latía; el horror de la guerra vendría después.

Transcurridos nueve años de su éxito abrumador, y pese a su enorme reputación, le negaron la nacionalidad francesa. Tal rechazo parecía presagiar un destino, el suyo: en 1939 con la idea de sobrevivir a los nazis, ella y su familia decidieron convertirse al catolicismo, pero fue inútil. El cerco se estrechó en 1940, cuando el gobierno de Vichy le impidió publicar más novelas. Por entonces Michael Epstein, su marido, perdió el trabajo en la Banque des Pays du Nord. En medio de ese contexto y pese a la incertidumbre, Némirovsky se embarca a escribir *Suite francesa*, novela inspirada en la Quinta sinfonía, de Beethoven, con la que buscaba retratar, en un ambiente bélico, los rasgos más crueles de los distintos estratos sociales que en Francia logró conocer.



Tertulias Literarias

Al alba, con su carpeta marrón cargada de papeles cebolla bajo el brazo, encontraba refugio a la sombra de los árboles y, valiéndose de una letra minúscula, escribía alrededor de tres capítulos al día. Ya para entonces toda la familia había logrado reunirse en aquella casa de Issy-L'Évêque, en Borgoña, donde un año atrás sus dos hijas –Denisse y Elizabeth– consiguieran refugiarse gracias al incondicional apoyo de su niñera.

Cuando faltaba un mes para la batalla de Stalingrado, los nazis quebraban todas las puertas. Irène tenía treinta y nueve años y un presagio: “He estado escribiendo mucho, me imagino que serán mis obras póstumas, pero cuando menos me ayudan a pasar el tiempo”, le escribió a su antiguo editor. La noche del 13 de julio de 1942, cuatro miembros de la gendarmería francesa llamaron al timbre. “Mamá volverá”, aseguró Irène a sus dos hijas que la miraban aterradas. En ese momento, apoyándose en su condición de exbanquero, Michael acudió al embajador del Reich; le recordó quién había sido y aseguró que su mujer sentía nula simpatía por el régimen bolchevique; que su detención había sido un error. Rechazada la petición, a cambio de ver libre a Irène, Michael ofreció su vida, pero tres meses más tarde quedó también detenido.



Auxiliadas por una tutora, Denisse y Elizabeth empacaron y consiguieron huir de aquella casa refugio; pueblo por pueblo soportaron la angustia de la clandestinidad en graneros y sótanos. En 1945 la guerra llegó a su fin. Por boca de los judíos sobrevivientes corría la palabra dolor; en el caso de Denisse y Elisabeth, la palabra esperanza. Después de escribir los nombres de sus padres en carteles, corrieron a la Gare de l'Est, donde afluían los sobrevivientes de los campos de exterminio nazi, pero recibieron la noticia de que su madre había fallecido de tifus en Auschwitz y que, meses después, los alemanes habían asesinado a Michael.

Con el paso de los años, Denisse y Elizabeth descubrieron que el destino familiar había estado marcado por la huida. En 1918, en plena revolución rusa, la pequeña Irène y sus padres se vieron obligados a huir de Kiev; después de una breve etapa en Finlandia y Suecia se instalaron en Francia y ahí fijaron su residencia.

Mediante fotos fechadas y documentos, Denisse y Elizabeth descubrieron lo ejemplar que había sido Irène en la escuela. Dominaba el francés y se había graduado con honores en la Sorbona; leía de manera compulsiva y a sus hijas les quiso brindar el amor que su madre le negó por no soportar envejecer al lado de una jovencita. Descubrieron que su libro favorito era *El retrato de Dorian Grey*, que tenía devoción por Dostoievsky y Turguénev y que, por otra parte, había alcanzado éxito con *David Golder* (1929), *El Baile* (1930), *Nieve de otoño* (1931), *El vino de la soledad* (1935), *Jezabel* (1936) y *Los perros y los lobos* (1940), entre otras obras, todas marcadas por la vena cruda del realismo familiar, hasta antes de que se lo prohibieran por ser judía.



En 1975 Denisse abrió la maleta de su madre; entre prendas y olores del pasado halló una carpeta marrón y hojas de papel cebolla escritas con una letra minuciosa. Ante el miedo a extraviar un legado familiar, valiéndose de una lupa, ella y Elizabeth emprendieron la titánica tarea de pasar en limpio aquel manuscrito que conformaba una novela inconclusa. Hicieron dos copias, pero el entusiasmo se detuvo cuando Elizabeth enfermó de cáncer. Aun así, en 1992 escribió Irène Némirovsky, la biografía imaginada de su madre. En 2004 Denise envió el manuscrito de *Suite francesa* a un editor. Por primera vez en la historia, un autor muerto fue galardonado con el Premio Renaudot de literatura. Aunque a Denisse le habría gustado celebrarlo con su hermana, fallecida en 1996, sabe que se ha hecho justicia y más tras el descubrimiento y publicación en 2007 de *El ardor de la sangre*, drama rural impregnado de traición, muerte e intriga, escrito entre 1937 y 1941. Olivier Philipponnat y Patrick Lienhardt, actuales biógrafos de Némirovsky, la rescataron de documentos que pertenecieron a André Sabatier, su editor de aquellos convulsos años, lo que le otorga mayor azar al regreso fortuito de esta autora.

Denisse tiene ahora ochenta y tres años, vive en Toulouse y ha erigido un santuario en nombre de su madre que aquel día de 1942 prometió volver... Irène cumplió su promesa.

Víctimas del absurdo

Por Francisco Prieto (Revista de la Universidad de México)

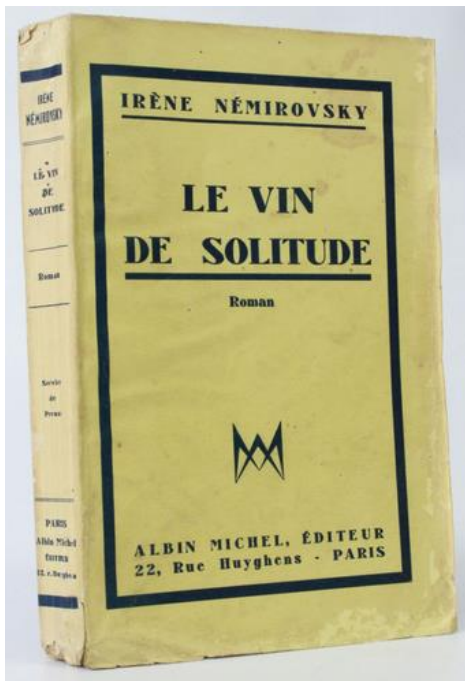
Fue redescubierta su obra en Francia —aunque rusa de nacimiento y de crianza, la autora adoptó la lengua francesa— y ahora, al menos en España y en Italia, se han venido publicando todas sus novelas. Primero fue *Suite francesa* y en diciembre del 2011 *El vino de la soledad*. En México las impresiones y reimpressiones de sus libros, de la editorial española Salamandra, han circulado con buena fortuna.



Irène Némirovsky había nacido en Kiev en 1903. Llegó a París con su familia en 1919 huyendo de la revolución bolchevique y muere por su origen judío en el campo de concentración de Auschwitz en 1942, donde también, poco antes, fue exterminado su marido Michel Epstein. Ambos tuvieron dos hijas que ella encargó a una institutriz francesa —quien las escondió durante la guerra—, y les había dejado una maleta que ellas conservaron durante años. Un día se decidieron a abrirla y dentro estaba el manuscrito de una obra inconclusa y genial, *Suite francesa*. Como una de las hijas era editora, la obra fue salvada y publicada en 2004. Es interesante recordar que en 1929 la editorial Grasset publicó la primera novela de Némirovsky, *David Golder*, a la que siguieron otras con un considerable éxito de crítica, elogiadas, entre otros, por Robert Brasillach, el autor de *Comme le temps passe*, animador de la revista anticomunista y pronazi *Je suis partout*, que se rindió ante el talento de la entonces joven escritora, venció sus prejuicios y dio un ejemplo de honestidad.



Némirovsky encarna, como pocos ejemplos, el absurdo que vivieron muchísimos seres humanos por la ola de antihumanismo de los totalitarismos de Hitler y de Stalin. Porque Irène Némirovsky era una extraña en su familia y en su tradición rusa y judía; de hecho se haría cristiana, junto con su marido, y bautizarían a sus hijas. Víctima de una madre frívola, que ya entrada en años se resistía a la vejez, ignoraba a su hija y vivía en compañía de distintos gigolós —ni siquiera recibió a Irène en Montecarlo cuando en medio de la Francia ocupada ésta le había pedido ayuda—, de un padre que era un banquero con tanto talento para hacer dinero como para dilapidarlo en la pasión del juego, Némirovsky se llenó de odio al mundo de la burguesía, a las tradiciones tanto rusas como judías y tuvo que crearse una pertenencia a partir de un mundo que para nada le recordase sus orígenes. Se volvió deliberadamente cristiana —aunque el elemento religioso no se hace presente en sus libros— y francesa. No simpatizó tampoco con los movimientos revolucionarios de la izquierda del tiempo porque los padeció en el país natal —el fanatismo, la cerrazón, la irresponsabilidad mostrenca de los manipulados hacinados y protegidos en la masa—, comprendió el horror de los nacionalismos e intuyó su peligrosidad y presintió el horror de haber sido desposeída de la inocencia que puede llevar a un joven a un bando o a otro.



Ella estaba condenada a ser un ente aislado y crítico, motivo de sospecha para la mayoría de los que la rodeaban y sin el consuelo que los exiliados reciben de compartir con sus paisanos un pasado y una esperanza de recuperación del mismo. Si desde mucho antes de la invasión alemana había marcado la distancia con el judaísmo, en un tiempo de definiciones a ultranza, fue orillada a una soledad que sólo aliviaban su marido y sus hijas. Creía que su editor Grasset, que tanto la admiraba, la defendería y a duras penas éste le pagó, clandestinamente, las regalías de libros que, finalmente, dejó de publicar para no ser él proscrito por los alemanes.

Pues bien, si *Suite francesa* sería la obra maestra inédita por más de cincuenta años, *El vino de la soledad* nos hace vivir el dolor inconmensurable de quienes se ven condenados a una existencia en un medio que les ajeno y del que son, simplemente, víctimas: una familia donde viven como

criaturas en exilio y, por extensión, exiliadas también de una cultura. La protagonista, Elena, sólo se siente comprendida por su institutriz, una francesa solitaria en quien encuentra la bondad, el misterio de esas vidas guardadas celosamente que no se entregan a cualquiera pero que vela por ella y le va dando lo mejor de sí misma. El amor a Mademoiselle Rose se va transfiriendo a Francia al punto de llegar a escribir y a expresarse mejor en esa lengua “extranjera” que en ruso. La novela se construye desde una entrañable experiencia poética de la soledad, la soledad que le va dando sentido de ser persona como un valor superior a ese otro de pertenencia a una comunidad: religión, patria, familia. Es desde el centro vital de ser persona como uno se va tornando un generador de decisiones, se va adueñando y luego creando su propia existencia, edificando la



singularidad de donde toma asiento la dignidad esencial de la criatura humana para un día, desde la conciencia de la menesterosidad radical de ser humano, tener que establecer filiaciones y proyectos comunitarios; caer en la cuenta de que nadie se basta sólo consigo. La conciencia moral aparece en la voluntad de trascender la egolatría, de llegar a poder mirar al otro y a los otros, de unirse al otro rompiendo las barreras del yo, sometiendo la soberbia a la luz de la presencia del Amor. Porque *El vino de la soledad* es una novela que se dirige muy especialmente a todos aquellos para quienes vivir se les hizo difícil, que sintieron desde que tuvieron uso de razón que nada valioso nos es entregado gratuitamente y que se saben condenados a entrar por la puerta estrecha. Crearse a sí mismo, para esas personas, y es el caso de Elena, es conocer desde temprano la agonía.

En *El vino de la soledad*, Irène Némirovsky hace novela desde un fondo de realidad o de autobiografía. La atracción hacia el padre, la rivalidad con la madre que se entretiene con el amante en turno, la decepción ante un padre que la va desengañando y, por su dependencia erótica de la esposa, va llenando a la hija de envidia, de resentimiento, de odio a la misma madre, y todo ello para concretarse en el desprecio del uno y de la otra. Entonces, ¡saberse arrojado al vacío insondable! A Elena, como a muchas personas, la vida era siempre —y sería— cuesta arriba. Y a la creadora de Elena, o sea, a Irène Némirovsky, cuando ha conquistado al fin una lengua y una patria, hecho una familia, conocido la identidad como autora de novelas y el éxito de las mismas, le esperaba el martirio por algo que desde hacía mucho había dejado de ser, si acaso alguna vez lo había sido, judía. ¿Es posible un mayor encarnizamiento del absurdo sobre un ser humano? Me he preguntado qué pasaba dentro de ella mientras, lejos de su marido y de sus hijas, aguardaba la cámara de gas. Pienso que el único consuelo, si lo tuvo, no fue soñar en la supervivencia de su obra sino que se iluminara en ella el camino de la Cruz.

El vino de la soledad

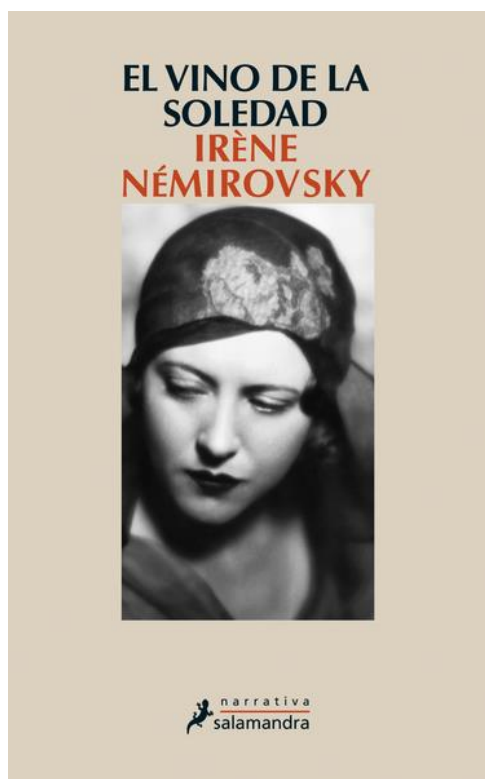
Reseña de Germán Gullón (El Cultura)

Las novelas de Irène Némirovsky (Kiev, 1903-Auschwitz, 1942) provocan fuertes reacciones en el lector. Sus argumentos obligan a hacer pausas en la lectura, porque la frustración de no poder actuar contra los desmanes contados enturbian nuestro ánimo. Necesitamos recuperar el aliento. Mi manera de contrarrestar el dolor experimentado es recordar lo mejor de su biografía, la huida de los horrores de la revolución bolchevique, la posterior alegría de vivir en París, de estudiante en La Sorbona, su matrimonio, la publicación de sus primeras novelas, como la presente (1935), el nacimiento de sus dos hijas. Sin embargo, la biografía se termina en el campo de exterminación de Auschwitz.

La fama literaria fue póstuma, hace media docena de años, tras la publicación de la *Suite francesa* (2007). *El vino de la soledad* resulta una novela muy triste, inédita en español, donde se cuenta la historia de la Elena, una doble de la autora. Esta niña posee una enorme entereza personal y una notable capacidad racional para comprender el feroz egoísmo de su madre, Bella, y la indiferencia de su padre Boris. Ambos la sometieron desde la más tierna niñez a un maltrato psicológico criminal. Tanto su dejadez, los abusos verbales, la continuas quejas sobre su conducta, no cesan, a



pesar de que casi ni la ven, pues vive entregada al cuidado de una institutriz francesa. Elena registra con agudeza las reacciones de la madre, su vanidad, su sexualidad, caracterizada más por el ansia de atención que por el deseo. Como el marido anda siempre atareado con sus negocios, Bella necesita un amante fijo que mime su ocioso yo. Elena descubre enseguida que Bella engaña a su padre con un joven familiar llamado Max, y registra el caos causado en la casa por la traición y la indolencia. Los grandes novelistas del XIX, Gustave Flaubert, nuestro Clarín y Tolstoi, exploraron el tema del adulterio, sobre todo el efecto causado en la propia esposa (madame Bovary, Ana Ozores, Ana Karenina) y en el ofendido. Némirovsky va más lejos, pues analiza el efecto causado por el adulterio en la hija, la falta de amor, pues Bella vive absorta en sí misma, en sus caprichos materiales y emocionales.



Algunos críticos mencionan la influencia de Freud al referirse a sus personajes, como el premio Nobel J.M. Coetzee, pero ella supera en sutilidad perceptiva al médico austriaco. La riqueza de detalles con que se desmenuza el caso de Elena supera a cualquiera que haya descrito el famoso psiquiatra. En esta novela no sólo aprendemos de Elena, de la propia Némirovsky, de la fragilidad y fuerza del ser humano, sino también que la genialidad del relato nos impide reducir a la protagonista a un tipo.

La maestría artística de Némirovsky se manifiesta en cómo cuenta el hacerse mujer de Elena, desde la niñez hasta la mayoría de edad. El narrador describe el despertar de sus sentidos, del olor, del tacto, de la vista. Leemos frases memorables, como la reacción de la niña al descubrir una camisa de la madre impregnada del olor del amante: “sus fríos sentidos de niña, despertados por primera vez, la colmaban de vergüenza e irónico resentimiento. Acabó haciendo un rebusco con la camisa para arrojarla contra la pared y pisotearla en el suelo” (página 44).

Posteriormente, los besos de un amigo, un joven casado que tontea con ella le inicia en la sexualidad, y aprende a manejar los mecanismos de poder que el deseo permite ejercer sobre otros. En la parte final del libro, siendo ya una mujer, comprende al ser pretendida por el ex amante de su madre, lo siguiente: “Elena sólo se dio cuenta de hasta qué punto Max la tenía en su poder... Empezaba a volverse tan tiránico, celoso y cruel con ella como lo había sido con Bella en otros tiempos. Como todo, a amar también se aprende, y esa técnica ya no cambia... Y se emplea, pese a uno mismo, con mujeres diferentes...” (página 194)

Novela, pues, donde el lector aprende de Elena, de Irène Némirovsky, sobre el ser humano, la fragilidad de su constitución emocional y su fuerza cuando la determinación racional la guía.



Títulos de Irène Némirovsky nas Bibliotecas de Oleiros



Fontes:

[El Cultural \(2 marzo 2012\)](#)

[Revista de la Universidad de México](#)

[El Semanal de La Jornada \(México, abril 2013\)](#)

Para saber mais:

[Leyendo a Irène Némirovsky \(Kaos en la Red, 2015\)](#)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias](#)
(desde 2010)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

2017-2018